

Lorea Madina Bilbao

# La cuadratura del círculo o cuando tres es el número perfecto de una cordada

**M**E encontraba en una encrucijada: mirar o no mirar. Si aparecía una rayita rosa significaba que los números y las letras se me vetaban durante al menos nueve meses. Si la rayita no se manifestaba sería libre para seguir probando vías duras. Esas en las que al primer pegue no entiendes nada, pero a medida que la conoces vas sacando trucos y sistemas. En definitiva, le vas ganando centímetros, le vas viendo color. Todo ello hasta que un día el ácido láctico parece no emerger de las profundidades de tus antebrazos, te sobrepones a los obstáculos y llegas a la cadena, pasando la cuerda salvadora por el descuelgue, casi sin esfuerzo.

En mi mente y en mi corazón bullían los sentimientos contradictorios. Cerré los ojos. Suspiré profundamente, los abrí y allí estaba ... tan marcada como si fuera rosa fosforito. Yo apenas si había sentido la necesidad de ser madre, pero sabía que era o "ahora o ahora". Mi feminidad, como siempre, condicionaba mi trayectoria deportiva. Había catado las mieles del octavo grado y resulta que ahora un embarazo iba a suponer un parón en mi pequeña "carrera" particular como escaladora deportiva. Pensaba que los tres siguientes trimestres supondrían para mí un tiempo de renuncia. Las para muchas tan ansiadas cuarenta semanas se me antojaban eternas. Adiós a los numeritos, a las letras, a los pluses, a las barritas.

Sin embargo, la oxitocina, esa bendita hormona que nos inunda a las mujeres en el periodo de gestación, vino a suplir con creces cualquier encadenamiento. Me pasé los cuatro primeros meses, que coincidieron con el verano, haciendo series en *top rope* en vías conocidas hasta 8a. Encadené algún que otro 7b+ a vista y seguía siendo infalible en los 7a+ a vista, siempre en polea, claro. Cada vía tachada no era un logro, no era una victoria ... era algo más. Era un regalo con nombre propio, el nombre de Koldo.

El segundo trimestre bajé el pistón en el grado pero no la actividad. Era mi instinto el que me dictaba si podía o no podía hacer. Seguía escalando a mi aire según me pedía el cuerpo. Sin presión ninguna. Lo combinaba con algo de panel entre semana, entrenamiento en pesas, una hora de bici al día y cincuenta largos de piscina diarios. Me sentía como el conejito *duracel*, no me cansaba nunca. Me sentía tan bien de poder combinar mi vida deportiva y mi embarazo que encadenar no es que pasara a ser secundario, sencillamente era como el plus de una vía.



■ Semana 25 de embarazo



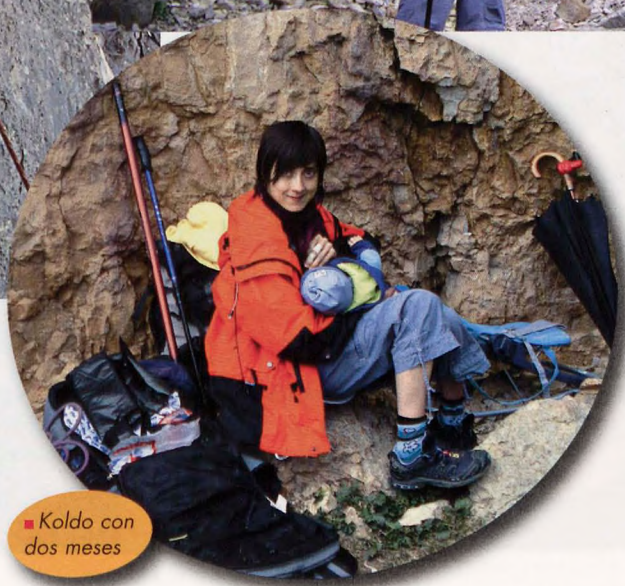
Seguí escalando hasta la semana 35 de 40. El invierno estaba siendo muy duro. No dejaba de llover. Llegó el punto en que ni eso me importaba. Al contrario, lo agradecía, porque eso suponía que no saldríamos al monte, que iríamos al *bulder* y allí yo podía entrenar un poco en el panel vertical, podía ir al gimnasio, después andar en bici y concluir en la piscina. A pesar de coger nueve kilos, me sentía superligera, casi ingravida que no grávida.

Diez días antes de ponerle cara a Koldo, estaba en Atauri con toda la tropa. Para entonces no escalaba, pero el estar al aire libre, como siempre, me daba la vida. Entonces alguien me dijo: "ese niño será un jotero y vendrá para carnaval". Así fue. La noche del martes al miércoles, mientras todos bailaban la danza del disfraz yo no hacía otra cosa que respirar y soplar. Llegó puntual a su cita, como un reloj, el día que le tocaba. En dos horas ya le teníamos con nosotros trayéndonos además el buen tiempo, por fin, después de un aciago invierno. En ese momento me reconcilié con el género femenino. Agradecí al destino ser mujer y ser capaz de dar vida. Ver aquellos tres kilos de carne con ojos me dio otra pers-





■ En Etxauri



■ Koldo con dos meses

pectiva de mi existencia. Todo adquirió otros matices, todo tenía otro sentido.

La recuperación fue rápida. A ello me ayudó el deporte realizado antes y durante la gestación. Haciendo cuentas sólo recuerdo el día del parto como el único en el que no hice nada, pero es que aquella jornada, no sabiendo aún por qué, me levanté muy cansada. También me ayudó mucho las enormes ganas que tenía de volver a escalar. Enseguida me puse en forma, encadenando y probando cosas duras.

Al principio es más sencillo, el niño come y duerme. Cubiertas esas necesidades poco más precisa. Lo complicado es cuando ya quiere moverse, necesita atención cada segundo y ello te resta fuerza y energía para escalar. Pero lo cierto es que esta etapa es la más hermosa. Vives por segunda vez, redescubres la vida, las cosas sencillas. El mundo es de nuevo un lugar mágico.



■ Koldo con cinco meses

No diré que es fácil. Todo cambio precisa de una adaptación, unos ajustes, pero poder se puede, aunque como en mi caso además de madre se sea trabajadora, estudiante y escaladora. Sólo hace falta querer y, sobre todo, escuchar a tus instintos. Al fin y al cabo no somos si no animales.

Esta es mi experiencia y desde luego no debe ser ejemplo, modelo o icono para nadie. Cada una debemos vivir las nuestras y cada una sabemos valorar y poner en la balanza los riesgos, los peligros y asumiremos las consecuencias de nuestros actos. Yo sólo sé que el embarazo ha sido la mejor época de mi vida y que me alegro de ser mujer. □